

CONCIERTO PARA PIANO

María Granillo

11 de Agosto de 2014

El piano ha sido mi instrumento principal toda la vida. Lo estudié de manera formal durante más de 10 años tocando como solista y acompañante. Lo utilizo cotidianamente como herramienta de análisis, de improvisación y de composición. Así pues, resulta un tanto extraño que no le hubiese dedicado, hasta ahora, una atención especial dentro de mi catálogo, aún cuando esté presente como acompañante o como integrante de un ensamble mixto en muchas de mis obras. Recientemente pude saldar esta deuda con mi instrumento en 2013, escribiendo el Concierto para Piano como parte de mi proyecto dentro del Sistema Nacional de Creadores.

Generalmente inicio cada proyecto de composición haciendo un trabajo de pre composición elaborado, en el que desarrollo la poética de la obra e intento integrar y derivar los elementos del lenguaje musical de las ideas extra-musicales, sin embargo en esta ocasión trabajé el Concierto de manera muy abstracta, partiendo de ciertos gestos o motivos musicales y de sus posibles transformaciones y comportamientos. Observando siempre la relación del piano como personaje central, que está sin embargo, totalmente integrado a la orquesta como una especie de enorme caja de resonancias con múltiples posibilidades colorísticas. Fui componiendo la obra con esta idea dramática en el fondo de mi mente: el solista como personaje y la orquesta como un paisaje circundante, en el que ese personaje está inserto, siendo afectado y afectando simultáneamente al entorno. Creo que el virtuosismo del Concierto reside mucho más en la integración de estas dos entidades, solista y orquesta, y en la expresividad lírica del conjunto, que en el despliegue del arsenal técnico del solista.

El ánimo que permeó la composición de esta obra fue inmensamente placentero y lúdico, recuerdo que el gesto germinal del primer movimiento, por ejemplo, me trajo a la mente la imagen de unos niños chapaleando en un charco. Si me preguntaran cómo me suena esa imagen, diría que suena como el primer movimiento de mi concierto. El segundo movimiento es extremadamente romántico y sensual, podría decir que rayando en cursi, adjetivos que son sin lugar a dudas muy anacrónicos en la actualidad, pero que sin embargo también son, desde mi punto de vista, emocional y humanamente

intemporales. Y el tercer movimiento, es una especie de movimiento perpetuo, acelerado y un tanto maquinal y enloquecido, es quizá el movimiento más dramático de los tres. Detecto también, a posteriori, que por momentos dejé fluir sin proponérmelo específica o conscientemente, algunas influencias del jazz.